

MARGHERITA MORREALE, 1922-2012

La muerte de la profesora Morreale el pasado 18 de septiembre a los 90 años de edad marcará, sin duda, una etapa de los estudios hispánicos. Margherita Morreale de Castro nació en 1922 en el seno de una familia de científicos y diplomáticos, lo que le permitió viajar por Europa y cursar un bachillerato de humanidades en Viena, etapa que, a decir de ella misma, fue la que más influyó en su formación. Allí estudió, con el rigor y constancia que la han caracterizado siempre, la gramática latina y leyó a los clásicos, y aprendió un principio metodológico que ha aplicado exhaustivamente a los textos hispánicos a los que se ha dedicado a lo largo de su dilatada carrera investigadora, y que trataba de transmitir a todos sus alumnos, independientemente de su grado de formación, y a quienes tuvimos la fortuna de acercarnos como investigadores en ciernes a su inmenso saber: la comparación.

En una proporción que «no admitía modo», la lectura fue constante, y ni siquiera interrumpida cuando el deterioro de su vista se lo impidió, pues se hacía leer los textos en un afán de mantenerse al día de lo que se publicaba. Poco amiga de boatos, aceptaba a regañadientes las honras, aunque con sincero agradecimiento. Su campo no fue, ciertamente, el de las intrigas universitarias, incompatibles con una dedicación total al conocimiento y a transmitir ese conocimiento.

La generosidad con la que compartía su saber con los que, como nosotros, fuimos lectores apenas terminada la licenciatura, chocaba con lo que veíamos en la universidad española de hace décadas. Su actitud humilde, propia del verdadero científico, la llevaba, con sorpresa nuestra, a interrogarnos constantemente por si en nosotros encontraba cualquier hilillo de ciencia que la ayudara a devanar la inmensa madeja del saber que solo su privilegiada inteligencia podía poner en orden.

No fue Margherita Morreale seguidora de ninguna escuela teórica, pues ella misma consiguió a través de varios centenares de ensayos articular de manera temprana en el hispanismo una metodología propia que encajaba perfectamente con la «literatura comparada», tan en boga hoy. Le permitía este *accesus* su inmenso conocimiento de los clásicos latinos y aun griegos, así como de las literaturas europeas. La llamada «intertextualidad» fue explorada hasta sus últimas consecuencias por Morreale. Son paradigmáticos sus estudios sobre el *Libro de buen amor*, muchos de cuyos pasajes oscuros iluminó con la luz de las fuentes.

Dotada de una gran sensibilidad hacia la lengua, su familiaridad con el castellano de otros períodos hacía de ella una gran editora, capaz de identificar problemas

textuales que a los demás pasaban desapercibidos. Como otros estudiosos de su generación, se movía con igual soltura escudriñando los aspectos verbales de las obras que examinaba que sus contenidos literarios, aunque siempre fundada en el texto mismo. Sus trabajos sobre los criterios de edición, sobre cómo puntuar los textos medievales («Problemas que plantea la interpunción», 1980) o la unión y separación de palabras («A la muger mala non des suelta de mal fazer», 1976) han guiado a no pocos editores. Pero no se limitaba a las peculiaridades lingüísticas ni a los rasgos de estilo de los textos literarios, sino que escudriñaba los aspectos culturales que se esconden detrás de las palabras, en una perspectiva integral de la filología que aspira a interpretar correctamente el texto y a ayudar a los lectores a entenderlo en todas sus perspectivas, como si de una lectura exegética de la Biblia se tratara, desgranando sus varios sentidos.

A ningún autor como a Fray Luis de León dedicó sagacidad de investigadora. Su *Homenaje a Fray Luis*, publicado en 2007 por la Universidad de Salamanca como reconocimiento tras haberle concedido el Premio Nebrija en 1996, apura los escritos del agustino a lo largo de más de mil trescientas páginas. Los problemas textuales son el eje de su indagación, y ello lleva a la investigadora a situarse en la perspectiva de la génesis del texto, lo que la obliga a preguntarse por las opciones lingüísticas del autor y a buscar el encaje de las opciones verbales proporcionadas por la transmisión en el universo creativo de Fray Luis.

El solo espiguelo de la lista de sus publicaciones llama la atención no tanto por la extensión (más de 500 entradas) como por la variedad de intereses, que abarcan por igual lo lingüístico y lo literario; y aunque fija el foco en la Edad Media y el Renacimiento, ni siquiera excluye a los autores del siglo xx ni la lengua coetánea. Desde luego, son magistrales sus trabajos sobre la historia de las palabras, como los dedicados a los usos gramaticales y léxicos de *cosa* (1981, 1982 y 1983).

Margherita Morreale, frente a lo que era común la circunstancia social y política que le tocó vivir en Italia y España, no veía la Biblia solo como un texto doctrinal, sino como una gran biblioteca de textos elaborados a lo largo de siglos, en estratos diversos. El concepto de «historia del texto», tan presente en su obra, lo aplicó sin desmayo a las traducciones bíblicas castellanas de la Edad Media, del latín y del hebreo, para descubrir actitudes culturales, y como fuente ilimitada para la descripción de la lengua medieval. Aquí se encuadra el proyecto más ambicioso de toda su carrera de investigadora: el de editar los libros sapienciales contenidos en tres romanceamientos castellanos de la Vulgata (en el manuscrito Escorialense 1.1.6, de mediados del siglo xiii; en la *General estoria* de Alfonso el Sabio, del último tercio del mismo siglo; y en el Escorialense 1.1.4, de la primera mitad del

¹ Las referencias bibliográficas completas pueden verse en M. MORREALE, *Escritos escogidos de lengua y literatura española*, edición de J. L. RIVAROLA y J. PÉREZ NAVARRO (Madrid: Gredos, 2006).

siglo xv). Las líneas fundamentales fueron presentadas en sus «Apuntaciones...» de 1969 y los criterios de edición en una serie de artículos publicados entre los años 1975 y 1986: «Para la transcripción de textos medievales...», «acentuación» (1977), «signos diacríticos» (1981), «grafías» (1983) y «Sugerencias para la edición de las partes latino-castellanas...» (1986); ella misma preparó además como muestra tres capítulos de *Sabiduría*, uno de los *Salmos* y el *Cantar de los Cantares*. De este proyecto forman parte las ediciones de sus discípulos Sánchez-Prieto Borja (*Eclesiástico* en 1.1.4), Sánchez-Prieto Borja y Horcajada Diezma (*Libros de Salomón. Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Sabiduría* en la *General estoria*), Requena Marco (*Sabiduría* en 1.1.4) y Pérez Navarro (*Eclesiástico* en la *General estoria*). Las mismas bases metodológicas establecidas por la ilustre hispanista han sido adoptadas asimismo en varias ediciones realizadas posteriormente en las universidades de Padua y de Alcalá de Henares de otros libros no sapienciales, pero que son también traducción de Vulgata: Piva (*Libro de Zacarías*, 2005), Pérez Navarro (*Sofonías*, 2009), Fernández López (*Isaías*, 2010) y Loro (*Esdras, Nehemías, Ageo y Malaquías*, 2011). En todas estas ediciones el texto latino se presenta en columna paralela al texto castellano al ser este el resultado de una versión muy literal; establecer el texto subyacente, conocer con certeza el tenor del que se ha servido el traductor, ha permitido realizar ediciones de las versiones hispánicas de la Biblia exentas de muchos errores de transmisión que en otras circunstancias habrían pasado inobservados.

Mérito indiscutible de Margherita Morreale ha sido el de haber contribuido de manera decisiva en el reconocimiento del uso de las versiones bíblicas como fuente indispensable de datos para el estudio de la evolución histórica de la lengua castellana, liberándolas del prejuicio que las relegaba al olvido por ser consideradas de menor calidad lingüística respecto a otros textos medievales. Con esta convicción toman impulso varias iniciativas recientes de gran trascendencia, entre las que cabe señalar *Biblia Medieval*, ideada y dirigida por Andrés Enrique-Arias, y el instituto de «Orígenes del Español» del *CiLengua* de la Fundación San Millán de la Cogolla, dirigido por Claudio García Turza.

Primó en la trayectoria personal de Margherita Morreale una visión ascética de la ciencia, fruto del convencimiento de que el saber nos hace mejores, pero sobre todo, de una voluntad de conocer y de un disfrute de ese proceso. Si naciera otra vez volvería a hacer lo mismo, repetía. No es esta, creemos, la peor manera de emplear una vida.

José Pérez Navarro (Università di Padova)
Pedro Sánchez-Prieto Borja (Universidad de Alcalá)

N. de la R.: Margherita Morreale publicó en 1960 su primer artículo en *Sefarad* («Apuntes bibliográficos para la iniciación al estudio de las tradiciones bíblicas medievales en castellano», *Sefarad* 20, 66-109). Aún recientemente, en 2007, veía la luz en la revista una última nota suya («De los sustitutos de la Vulgata en el siglo XVI: la Biblia de Santos Pagnino enmendada por Benito Arias Montano», *Sefarad* 67, 229-236). Más allá de su aportación fundamental al estudio de las traducciones castellanas de la Biblia, su contribución como hispanista al estudio del judaísmo peninsular se extiende al análisis de aspectos concretos de los oracionales judíos romanceados («Libros de oración y traducciones bíblicas de los judíos españoles», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona* XXIX, 1961-1962, 239-250; «El *Sidur* ladinado de 1552», *Romance Philology* 17, 1963, 332-338), además de sus estudios lexicográficos sobre temas hasta entonces inéditos («Vocaboli giudeospagnoli nella *Censura et Confutatio Libri Talmud*», *Quaderni Ibero-Americani* 24, 1959, 577-580; y «El Glosario de Rabí Mosé Arragel en la Biblia de Alba», *Bulletin of Hispanic Studies* 38, 1961, 145-152).